

## EN EL SILENCIO DE LA NOCHE

Anochece y acudes de nuevo a mí. Te has fundido el poco dinero que te quedaba en vino de brick barato. Yo te contemplo inmutable, con un aire de frío psicópata. Mi negativa era de esperar, por algo tengo bien merecida la fama de no practicar la caridad sin excepciones. Lo siento, ¿Quién fiaría dinero a un borracho como tú? Tal vez, si dejases de una vez la bebida, y encontraras algún que otro trabajo... Aunque con ese aspecto enfermizo y desaliñado te va a resultar muy difícil. Después de un espasmo mal retenido, vomitas a mis pies. Unas punzadas insoportables trepanan tu cerebro y tus huesos se van calando de una sudoración gélida y pegajosa. Nuestra distancia es insalvable, y sólo decides quedarte a mi lado porque ya no tienes a nadie dispuesto a escuchar tus sollozos en el silencio de la noche.

Evocas los viejos tiempos cuando no reparabas en estrafalarios dispendios. Cuando cuidabas nuestros encuentros. Te vestías para la ocasión, con traje y corbata, mocasines lustrados y el pelo engominado. Entonces te apresurabas, bajando las escaleras de dos en dos, a comerte el mundo, aunque sin faltar ni un solo día a nuestra ineludible cita.

Te tomabas el requerido tiempo. Cerrabas la puerta con el pestillo; siempre fuiste muy precavido. Actuábamos sin mutuos reproches, a pesar de tus ademanes maquinales y voraginosos. Jamás te mostraste celoso, como si no te importase mi promiscuo servilismo a los que como tú me mostraban su Visa Oro. Admitámoslo, el dinero siempre fue y ha sido nuestra mutua razón de ser.

Tú gastabas sin remordimientos ni planes para un unimaginable futuro que ahora se ha hecho presente. Nunca lo viste venir. Yo debo admitir que tampoco. Poco a poco se fueron reduciendo los márgenes y, desacostumbrado a apretarte el cinturón, no acabaste arrojado de ese artificioso paraíso de la clase obrera dopada con crédito barato. La Visa te adentró en un espiral de deudas impagables. Luego faltó el trabajo y el alcohol fue el único modo para huir de tanta congoja. Una enorme frustración te fue hundiendo, sin remisión, para alejarte de mí. Creí que iba a ser para siempre. Te perdí de vista por completo. Si te sirve de consuelo, no fuiste el único de mis asiduos clientes que dejó de visitarme.

Debes admitir que no tenías ni la más remota intención de un frío reencuentro. Deambulabas sin rumbo y subsistías con apenas unas miserables limosnas. Pero cuando aquel sin techo fue rociado con gasolina te entró el pánico. Los agresores pertenecían a una banda que, de una forma brutal y cruel, pretendía acabar con todos los indigentes de la ciudad.

Apenas dormías y cuando lo hacías, extenuado, te despertaban terribles pesadillas. Temías ser el próximo escogido. Había sido tan fácil traspasar aquella línea divisoria entre el poder tener todo a la del quedarse con nada de la noche al día... Y en cambio cuan de imposible estaba siendo cruzar la misma barrera en el sentido contrario.

Definitivamente te habías convertido en un excluido social, un “tirado” a quien la sociedad ya había criminalizado por ser pobre. Tu aspecto desdeñado, incluso con la ropa limpia después de la ducha de los martes en los servicios sociales de la casa de la beneficencia, resollaba un aire fatigoso y lóbrego; sin rastro de Armani, ni de los tiempos pasados.

¿Y puestos a ser un tratado como un criminal, por qué no serlo? A poder ser de los mejores, de aquellos a quienes se les teme y se les rehuye la mirada por el pavor que causan. Seguro que con esos no se meterían esa banda de malditos bastardos quemamendigos.

Lo primero sería conseguir algo de dinero. Lo suficiente para una noche en un hotel, un baño con agua caliente, un traje y un buen corte de pelo.

Fue entonces cuando volví a verte de nuevo descargando, iracundo, tu rabia sobre mí, con esa llave inglesa. Luego, la maza y el cincel. A saber de dónde los habías sacado. Me vi incapaz de reaccionar, registrando impertérrito tu gesta.

Hubiera querido alegrarme por ti, al menos por lo de pasar a ser un convicto y poder dejar atrás eso de ser un sin techo, pero me declaro del todo incapaz. Ya se sabe. Los tipos duros como yo, ni bailan ni se les ablanda el corazón. Aunque no pueda evitar que el mínimo roce on una Visa Oro me sobrecaliente hasta el último chip de mis circuitos integrados. Y es que hasta los cajeros automáticos más sofisticados podemos tener un punto de vulnerabilidad.